



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13071

## TRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 8 DE JUNIO DE 1905

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

## SOCIEDAD PROGRESIVA

Banca, Descuentos, Caja de Ahorros

Esta Sociedad anuncia al público que desde el 29 del actual traslada sus oficinas á la calle de Jara, número 40, donde continúa todas sus operaciones.

## Sobre las aguas

A juzgar por la animación que se observa, la cuestión de aguas va por buen camino. La opinión se muestra interesada en que se resuelva en breve plazo y lo demuestra el calor con que se expresa cuando se ocupa en este asunto.

El agua constituye la nota del día y al ocuparse en ella la opinión no se explica que se hayan estado perdiendo durante muchos años esos cuatrocientos treinta y dos metros cúbicos que cada veinticuatro horas han estado escurriendo los manantiales de la Baña.

Nosotros tampoco. Y es natural, ese fenómeno no tiene explicación posible. Que un pueblo sediento, que ha tenido que vivir a ración durante los veranos, haya visto caer un día y otro en el pilón de las puertas de Madrid un gran chorro que iba á perderse al mar, sin darse cuenta de que en él estaba la solución del gran problema, ni se concibe ni se explica.

Tal vez por esto ha puesto alguien en duda el propósito de traer el agua de la Baña.

Si eso requiriese un sacrificio tendrían razón los que dudan. Pero no hay que hacerlo y el agua vendrá. Si en tales condiciones no viniese habría razón para dudar de todo.

Por fortuna el alcalde se encuentra entusiasmado. Hace bien;

ha hallado de repente la solución de un problema tan importante como el de dotar de aguas la ciudad, y lo resuelve, realizando á la par dos provechos; el de la población que dispondrá, con la llegada de esas aguas, de la potable que ahora emplea en riegos y otros usos que no son los de la bebida y la comida y el de asociar su nombre á ese servicio, aspiración muy legítima y muy noble para todo el que hace el sacrificio de su tiempo en bien de los demás.

Poner en duda que vengan esas aguas es desconocer la labor hecha en ese asunto, las felicitaciones que recibe el alcalde, el entusiasmo de éste y de cuantos han visto el manantial, entusiasmos de que hemos sido testigos y partícipes, pues nosotros lo hemos sentido al ver correr el agua y al calcular el poco coste que representa el entubarlas y traerlas.

Si dista de San Antonio Abad lo que dista ese barrio de aquí. Si esta hecho el presupuesto y éste puede pagarse en pocos años con la cantidad que gasta anualmente el municipio en pagar el agua que consume y después tendrá una economía de seis mil pesetas anuales. Si ya está todo casi hecho y tanteado y solo falta que se diga: hagase.

No; en este asunto ya no cabe dudar. Se ha hecho mucha opinión en poco tiempo y ésta empuja con fuerza hacia la solución del problema del agua. Y como no encuentra obstáculo ninguno y el alcalde se deja arrastrar muy á

gusto por ella, tan á gusto que él mismo la llamo en su ayuda, el agua de la Baña llegará á Cartagena y el agua potable quedará aumentada en la parte que se empleaba en riegos y otros usos que no son los de la bebida y la comida.

Felicitémonos y trabajemos todos para que lleguen pronto, mejor mañana que pasado, pues lo que por bueno se comprueba no debe dejarse para luego.

## ¡SUEÑO ETERNO!

¡Por Dios, no hagáis ruido! ¡no turbéis su sueño!  
¡Dejad á la pobre que siga durmiendo!  
¡Pobre madrecita!... Se acosta diciendo que sufre mucho del dolor de pecho. Antes de acostarse, me dió muchos besos y habíame de cosas que ya no me acuerdo: porque eran muy tristes, más tristes que el viento que arranca las hojas cuando entra el invierno. Después de un buen rato, con mucho silencio, me acerqué á la cama, contemplé su cuerpo y sentí un ahogo muy grande en el pecho. Tenía la frente lo mismo que el hielo, los ojos muy turbios, los labios muy secos, y una mueca horrible dibujada en ellos.  
¡Pobre madrecita!... Quiso darme un beso, pero aquella mueca, y aquel mirar terco y el frío tan grande que helaba su cuerpo, me daba congoja! ¡me infundía miedo! y sin hacer ruido dejé el aposento. La he visto hace poco y aún sigue durmiendo. Me extraña que sea tan largo su sueño,

pero si se cura del dolor del pecho, que duerma tranquila y ¡por Dios! os ruego que no metáis ruido, que guardéis silencio, que no se despierte, ¡que siga durmiendo!

VIRIATO.

## EL CORAZON VERDUGO

No he de referiros ni las repugnantes circunstancias de su horrendo crimen, que produjo en las gentes horradas una violenta sacudida de indignación, ni las peripecias que se sucedieron en la sustanciación del proceso y en la vista de éste en el juicio por jurados; pero pese á todas las poderosas influencias que hizo jugar el coqui-quimo, con su eterna osadía de avasallador de la conciencia, de la razón y de la justicia, el criminal fué condenado á la última pena.

Themis no pudo por esta vez ser muy complaciente con Mercurio, ni obediente á los acceases de Júpiter Tonante, y rompiendo totalmente convencionalismos por afirmar prestigios ya discutidos en los públicos mentideros, firmó la mortal sentencia.

El criminal, que se había sentido escrúpulo alguno de conciencia, que no había temblado, que no había experimentado temor de ningún género al consumar su crimen, fué presa de un pánico indescriptible, de un pavor extraordinario cuando tuvo conocimiento del terrible fallo, quizá no tanto por apego á la vida como por miedo al supremo trance de la muerte en vil garrote.

Como criminal era cobardo; la serenidad y entereza de que hizo faros alarde como delincente, perdíase en absoluto como reo, y el que fué implacablemente sordo á todas las súplicas de sus víctimas imploraba con el más humillante de los llantos todo género de influencias para conservar la vida, aun á traque de arrastrarla por las hediondezas de la perpetua mazmorra.

Esa generosidad irreflexiva que caracteriza, no precisamente los buenos corazones, sino la protesta eterna contra los principios del derecho humano, que olvida fácilmente á la víctima y acoge bajo su protección al criminal, púsose en juego con toda la am-

plitud de sus actividades y de sus elementos.

El indulto era completamente difícil; no había circunstancia legal que lo aconsejara.

El reo entró en espilla; esperó febril, de lirante, minuto por minuto, hora por hora la ansiada nueva del perdón; pero aunque no quería morir, el momento de la expiación se aproximaba, el perdón anhelado no parecía.

Clareó la nueva aurora; en última aurora, no matizada de irisados resplandores, sino velada por algunos crepusculares lúctuosos.

Al perder su última esperanza se entregó al desfallecimiento del miedo, solo alterado por las excitaciones del gran pánico.

Subiendo al fatalísimo tablado, que le pareció lleno de espectros horribles... experimentó sobre su cuello y sobre su alma el frío contacto del mortal aparato que iba á cortar para siempre su existencia...

Pero en su torpe brotó un poderoso murmullo de ansiedad, un aplauso nutrido, y resonó en el espacio, repetida por mil voces la palabra mágica é inesperada: ¡¡¡adulterio!

Con una rapidez extraordinaria desapareció del cu-llo del reo el frío y mortal aparato...

Una mano puso delante de sus ojos el pliego que contenía la gracia concedida; varios labios pronunciaron á su oído la fausta felicitación.

El reo se levantó del banquillo por un impulso poderoso; abríronse desmesuradamente sus ojos, que miraron en todas direcciones, mientras en sus labios dibujábanse en estúpida mueca la sonrisa de las más feroces alegrías.

Quiso hablar, pero la voz no salió de su garganta; todo su cuerpo sufrió una violenta sacudida y cayó pesadamente sobre el tablado como herido por una exhalación.

El reo acababa de morir de un ataque cardíaco. Su propio corazón rechazó muy enérgicamente el indulto que tanto deseaba.

R. DONOSO CONTRAS.

corredor para llamar á los criados, porque esta sala del castillo está ordinariamente inhabitada y aun no ha habido tiempo de colocar las campanillas.  
—Basta,—dijo el Gnapo Francisco con un movimiento de impaciencia,

serable todavía, guardaban aquella vasta pieza, que se había no obstante procurado hacer lo más cómoda posible; un gran fuego ardía en la chimenea; blancas servilletas cubrían las mesas demasiado carcomidas, y bugias, de que había gran número en el castillo, formaban una verdadera iluminación.

En fin, el viejo orlado había puesto de su parte todo lo posible, y su mérito era tanto mayor, cuanto que cedía su propia habitación al huésped de sus señoras, y á falta de otro albergue tendría que ir á dormir en la caballeriza.

Pero á pesar de sus esfuerzos por ocultar el mal estado de la casa, debió Contois reconocer su impotencia, porque al dejar la bugia sobre la mesa, dijo con alegre embarazo:

—¡Seguramente, el señor Ladrage os habrá advertido que no estareis muy bien alojado esta noche? Apenas estamos instalados y hay ya tanta gente en el castillo...

—Bueno, bueno,—contestó con indiferencia Francisco.

—Si el señor necesitase alguna cosa,—continuó el obsequioso orlado,—tendría que ir hasta el fin del



Hubo un instante de silencio.  
—Siendo así,—dijo María,—no puedo aceptar este regalo ni adornarme con unas joyas cuya procedencia me es desconocida.  
En la imposibilidad de restituirlas á la persona que las ha enviado, las pondré en manos del director